

Costa en sus Memorias, o la inexorable voluntad de ser alguien

Juan Carlos Ara Torralba

Joaquín Costa acomete la escritura de sus *Memorias... en este valle de lágrimas* en junio de 1864, a los pocos meses de abandonar su familia en Graus para establecerse en Huesca a las órdenes de Hilarión Rubio. Como adelanté en otro lugar¹, este es el momento exacto en el que Costa pierde la identidad construida en los límites del espacio de la familia y de la comunidad para ganarla en el terreno de la privacidad, del trabajo, en primer lugar, y de la civilidad (o ámbito donde los individuos limitan socialmente los abusos sufridos en el escenario del trabajo), después. La determinación de *ser alguien* nace en Costa, claro, en un entorno de *abusos* y *humillaciones* en el trabajo y de sentimiento lacerante de carencia, privación y orfandad. Lo que Costa tal vez todavía no alcanzaba a entender en junio de 1864 es que el primer paso para disipar las dudas acerca de *no ser nadie* lo estaba dando ya, y que aquél era precisamente la propia escritura de los *diarios-Memorias*, la construcción de su *yo* mediante los espejos reflectantes de las cuartillas autobiográficas.

A todo esto conviene no olvidar que Costa había visto truncado un primer movimiento por salir del nido familiar: el de ser alguien en el ejército. La última orden paterna que obedecerá a regañadientes Costa, con

1 Juan Carlos ARA TORRALBA: «Actualizando a Joaquín Costa. Ante el centenario de su muerte», *Turia*, 97-98 (2011), pp. 457-468.

diecisiete años recién cumplidos, sería precisamente la de abandonar la idea de enrolarse en el ejército para combatir a los insurgentes de Santo Domingo. De posible soldado Costa pasa a solicitante de trabajo en el proyecto de explotación jabonera a cargo de Hilarión Rubio y de allí a mozo-para-todo de la familia y empresas del por entonces arquitecto municipal de Huesca. Tras la efectiva emancipación paterna, pronto hallará en Rubio un segundo *padre* del que, con los años, también se separará. Cuando retoma tímidamente sus estudios (unas lecturas y disciplinas allende las latinidades aprendidas en Graus, y conducentes casi siempre al sacerdocio, ocupación en la que Costa fácilmente hubiera terminado a tenor del numeroso elemento clerical existente en su círculo familiar), aprovechando el tiempo que le dejaban libre las constantes ocupaciones, Costa no tarda en vislumbrar un espacio luminoso en el que despuntar; anota en sus *Memorias* el 2 de octubre de 1864: «En el intervalo de la otra vez que escribí y ahora he compuesto dos programas; uno de un tratado de Agricultura y otro de una tragedia histórica». Se manifiesta tempranamente la costumbre costista del programa, de la planificación de un futuro que redima las carencias del presente y del pasado. A partir de este año de 1864 Costa no dejará de escribir proyectos, notas, apuntes, de ordenarlos y reordenarlos en cuadernillos y carpetas, de dejar constancia de ir siendo alguien en la convicción de que el progreso personal era poco menos que inevitable, fatal.

Por tales razones, y una vez matriculado en el Instituto Provincial de Segunda Enseñanza de Huesca, Costa comentará, alborozado, en sus *Memorias* el 12 de junio de 1865:

Mis profecías del 2 de octubre han salido verdaderas; mis presentimientos eran posibles y ahora efectuados; he tenido tres sobresalientes y dos medallas y puede ser que aún gane otras. ¡Si así como predije esto resultara la otra predicción de Agricultura, etc.! Este verano voy a aprender de albañil; ya he trabajado algunas horas entre ratos. ¡Si algún día lo ejerciese prácticamente para ganar la comida! El verano que viene tal vez aprenda el de carpintero. ¡Cuál de los dos será mi definitivo si no paso de aquí!

No olvide el lector, a efectos de la peculiar percepción del tiempo en Costa como progreso providencial, la expresión de *profecías*, puesto que es sustantiva para comprender la solidaria y terne sensación de fracaso que perseguirá a Costa hasta el final de sus días. En las sazones de 1865, sin embargo, lo que a Costa le faltaba era tutela, consejo y modelos para su progresión. Todo lo tentaba, ensayaba oficios y devoraba libros para conseguir emular a las celebridades mostradas en las enciclopedias o en aquellos libros que presentaban la Historia (así, con mayúsculas) como una procesión de siglos en progreso con su inevitable friso de genios. Una construcción ideológica muy decimonónica, desde luego. En esta carrera agónica, pronto encuentra Costa modelos que siente muy afines; escribe en sus *Memorias* el 18 de junio de 1865:

Hoy he leído el librito *El tío Pedro o el Sabio de la Aldea* en que se narra la vida del gran Franklin. ¡Cuánta semejanza con la mía! Pobre y aficionado a lecturas y composiciones. ¡Ojalá que le asemeje en el método que empleó para conseguir sus costumbres y que un día llegue a...! ¡Franklin! Tu recuerdo me es grato, como también el de mi juventud parecida a la tuya.

Una conversación entre profesor y compañeros del instituto parece corroborar a Costa la intuición de estar en el buen camino del progreso. La anota el 1 de agosto de 1865: «Ayer oí decir a Casas que hablaba con Feliú y Castán que yo podía como una especialidad estudiar cualquier Ciencia o Arte. ¡Siquiera no lo supiera! Sigo albañil». Para su desgracia, en efecto, Costa *sigue albañil*, pero se empeña en fundar, junto a otros colegas del Instituto, el Ateneo Oscense, establecimiento donde impartirá clases; incluso consigue ser profesor sustituto de Dibujo en el Instituto de segunda enseñanza; escribe Costa el 24 de diciembre de 1865: «He sido sustituto de la cátedra de Dibujo unos treinta y seis días en lugar de Abadías. El Director del Instituto me envió un oficio de gracias bastante expresivo».

De los progresos académicos Costa pasa a paladear los primeros dulzores de ver sus escritos impresos en las planas de los periódicos locales. Costa magnificará lo que no pasaban de ser primeros balbuceos de publicista. Entre mayo y junio de 1866 Costa *ya se ve* escritor y periodista; anota el 10 de mayo de 1866:

Se ha impreso en el Alto Aragón *Una noche en Monte-Aragón* y *Un 25 de noviembre* sobre la batalla de Alcoraz. Anoche corregí las pruebas de un discurso de *Meteorología* que leí en una sesión del Ateneo y que se imprime en la *Revista de Instrucción*. ¿Es que ya no me extasían ni entusiasman tanto mis estudios impresos? ¡Nace ya la seriedad del novicio escritor!

Una oportunidad que no podía ser desdeñada se le presentó al joven Costa a finales de 1866: la de ser pensionado como artesano dentro de la representación española para la próxima Exposición Universal de París. El 26 de noviembre de 1866, ya en Madrid, anota en sus *Memorias*: «He visto varios de los antiguos compañeros y no digo nada sobre ellos. ¡Cuántas escalas de la sociedad ocuparemos entre unos y otros antes de algunos años!...». En esta voluntad de ascenso en *las escalas de la sociedad* también hubo de asomar, empero, alguna inseguridad fatalista, típica en Costa; así, el 28 de diciembre de 1866 comenta lo que sigue: «Yo he de ser artesano o labrador por fuerza y lo último de preferencia. Es imposible que yo estudie. ¿Para qué? Conozco que no sirvo para estudiar... me turbo cuando he de hablar delante de personas cultas, etc., etc., etc.».

Instalado en la Ciudad-Sol, y admirando las grandezas y progresos del siglo en la ciudad emblemática de la centuria, Costa se decanta por la ingeniería agrícola. El 5 de febrero de 1867 escribe con letra apretada (para aprovechar papel) que ser Ingeniero Agrónomo constituía ahora su meta ideal: «Hubiera sido tal vez mi felicidad y mi carrera e indudablemente me hubiera conducido al fin de mis deseos de tantos años, esto es, de dar cima a mi *Tratado de Agricultura General*, pues hubiera podido hacerme In-

geniero Agrónomo. Veremos». Persiste en estas ideas durante su estancia parisina, aunque de vez en vez asaltan a Costa las crisis de identidad, o mejor dicho, las reflexiones acerca del progreso en su designio de ser alguien, en qué se ha avanzado y en qué no; el 28 de marzo de 1867 escribe estas reveladoras anotaciones:

Pero contestemos la pregunta: ¿Qué es de mí? Difícil es responder. ¿Qué es de mí? ¿Estoy en mejor posición que entonces? Al parecer sí, pero entonces tenía medio año menos de edad y menos aspiraciones... ¿Menos aspiraciones he dicho? Lo he equivocado, tenía más. Entonces pensaba en... no recuerdo; pero ahora sólo pienso en salir de esta Babilonia que ya me va cansando y en ser agricultor, último objeto de mis afanes y deseos. Afortunadamente, Rubio parece, según lo que me ha escrito hace cuatro días, llevar un proyecto con Vehil de comprar o arrendar un terreno que explotaría yo. Esto ya me gusta.

En el verano de 1867, Costa piensa firmemente que su futuro ha de transitar por la explotación agrícola moderna y científica. Cree así conciliar la redención de la agricultura atrasada de su comunidad original, con el futuro de su progreso científico-experimental y la forma de ganarse la vida de consuno con su todavía respetado Hilarión Rubio; todo esto lo confirma la nota del 21 de julio de 1867:

Ya se va enderezando el negocio. Don Hilarión me escribe que es probable se haga algo con sus parientes de Barbastro dentro de poco tiempo. ¡Cuánto me alegraré de causar la envidia de los estúpidos tíos de Graus! ¡Cuánto me alegraré poder coger al tío don Ignacio y decirle: «¿Qué le parece a usted de mis esparcetales y de mis ovejas y de mi vino y de mi aceite? ¿Eh? ¿Quiere usted hacerlo así? Pues aprenda!»

Observará el lector que en las *Memorias* costistas late en muchas ocasiones un doloroso sustrato de ajuste de cuentas con el pasado de la comunidad familiar. En el propósito tenaz de *ser alguien*, Costa jamás esconderá su deseo de demostrar serlo también *contra* otros, señaladamente los *otros* del círculo de sus parientes grausinos (en la cita anterior, Ignacio Pedrol), de los que Costa siempre pensó que no hacían otra cosa que herir su dignidad y amor propios y recordarle su humilde origen. Por tal razón, Costa se desesperanzaba doblemente cuando veía atisbos de fracaso en su proyecto de ser, cuando la concatenación fatal del progreso hacia el éxito y el reconocimiento se truncaba inexorablemente (siempre dentro de los parámetros providencialistas del pensamiento de Costa, desde luego). En este sentido, escribe apesadumbrado el 16 de septiembre de 1867 lo que sigue:

¡Hace tres días se cumplieron veintiún años desde que mis ojos vieron la luz! ¡Veintiún años!... Sí, veintiún años y todavía no he hecho nada para el porvenir. ¡Oh! Sí, nada para el porvenir... ¡Cuán oscuro lo veo!... Pienso en ello y me pongo triste. ¡Veintiún años!, y ni mi nombre es conocido, ni gozo de tranquilidad, ni tengo esperanza de uno ni de otro...

Poco después remata la angustiada argumentación vital:

El otro día hablaba con don Hilarión y le decía: ¿Qué voy a hacer el año que viene si fracasan, como es posible, nuestros proyectos agrícolas? Ir a Madrid

a enseñar Francés y a estudiar Química. ¡Yo!, ¿estudiar como un chiquillo a los veintidós años? ¡Jamás! Primeramente me echaría a la política, al periodismo, a la Revolución ¡Qué sé yo!, ¡a cualquier cosa!

Esa *cualquier cosa* se traduciría, en noviembre de 1867, en un futuro dependiente del éxito o fracaso de una *Sociedad Extractora* de aceite constituida en Barbastro. Para entonces, ya parece inminente el inicio de actividades de la sociedad en la que Costa empeñará esfuerzos y afanes durante buena parte del año de 1868: «Ya contestaron los de Barbastro y Huesca dando el sí al proyecto de extracción de aceite con bisulfuro carbónico. Le he remitido a Rubio de este último para que haga ensayos con el cospillo y aguardo lo que deciden en su visita» [12 de noviembre de 1867]. Sin embargo, Costa conoce íntimamente que *cualquier cosa* no es suficiente, siente siempre la comezón del estudio y la certeza de la superioridad moral e intelectual sobre Rubio y los otros socios de la compañía. De este modo ha de entenderse este revelador párrafo extraído de la entrada de las *Memoorias* correspondiente al 2 de diciembre de 1867:

Que me dejen con mi agricultura simple y llana, con mi *De re rustica moderna*, título que creo para mi obra de agricultura; con mi *Los Israelitas*, y no quiero más... Pero ¡ay!, ¿cómo he de ser jamás dichoso, cuando me acosa esa sed insaciable, esa ambición de gloria que me consume? Ambicioso yo, ¡y creía lo contrario!... Sí, sí, ambicioso, tengo que confesarlo. Pero una ambición que no ha de saciarse, ¿qué digo saciarse? Ni empezará a ser satisfecha. Mi ambición era la gloria, pero la gloria precoz, en mi juventud; ¿de qué me sirven los laureles sobre el sepulcro? Y sin embargo, ya empezó mi suerte por negarme los más pequeños, los más inocentes, apartándome de las aulas en donde los hubiera recogido. ¡Y ahora mi ambición me ciega! Soy de veintiún años y quisiera saberlo todo, y como no lo sé, quisiera estudiarlo todo.

Y es que ser escritor de renombre le sigue seduciendo mientras augura, con razón, que habrá de consumir sus horas junto a una máquina extractora que nunca terminará de funcionar bien; el 23 de febrero de 1868 escribe:

¡Pobre Costa! ¿De qué te sirve el genio, ese genio que viene dentro de ti y que nadie ha conocido ni tal vez conozca nunca? ¿De qué me sirve? ¡Ay! Pero, ¿cómo es que mi ambición no se vería satisfecha aunque ahora publicara un libro y luego otro, etc.?... Dos razones veo: una, que yo hubiera querido ser publicista y muy joven, antes de ahora; ¡oh!, ¡si tengo un amor propio!... Otra es que no precisamente mi ambición de gloria predomina sobre mis demás pasiones.

No abdica Costa de sus propósitos, no se resigna a ser *aceitero*, como señala también ese día 23 de febrero; máxime tras ver cómo comienza a imprimirse sus *Ideas apuntadas*, el primer libro de Joaquín Costa; entonces exclamará, orgulloso, el 19 de marzo de 1868: «Hoy es día que forma época en la historia de mi vida. Hoy se ha principiado a imprimir mi folleto de *Ideas apuntadas en la Exposición Universal*. Es mi primera producción formal: ¿daré a luz otras más?, ¿será esta *la introducción* de mi vida literaria?».

Costa ve pasar los días perdidos sin remedio acompasados con las averías de la maldita máquina extractora. Anota el 31 de mayo de 1868 estos significativos comentarios: «Siempre tengo propensión a mirar al través del velo del porvenir, y por eso, ahora, mis puños se crispan iracundos y mis dientes rechinan de rabia y mi imaginación acalla los gritos de la conciencia de la razón, de la conformidad, ¡viendo la realidad del tiempo que pasa y que vuelve!». En octubre de 1868, ante los continuos fracasos (evidentes los de la máquina extractora), Hilarión Rubio no tiene más remedio que insinuar a su por entonces socio Costa que se vaya buscando el sustento al abrigo de los proyectos de Teodoro Bergnes de las Casas (a quien Costa había conocido en Barcelona a la vuelta de la Exposición), con el que más adelante, en el año de 1870, se ganará la vida como delineante y topógrafo. Puestas así las cosas, ese mismo octubre de 1868 se lamenta Costa: «Si cuando fui a Huesca me hubiera hecho estudiar Rubio en la escuela normal, al menos sería maestro: ¡pero nada, nada...!».

El futuro como profesor se cumple provisionalmente en el otoño de aquel 1868, precisamente cuando Costa anda emancipándose de la tutela de Hilarión Rubio. En noviembre de este año, y por mediación de su tío el canónigo José Salamero, Costa consigue un puesto de profesor en el madrileño Colegio Hispanoamericano de Santa Isabel. Sin embargo tampoco le satisface el trabajo en el establecimiento privado, como bien apunta en sus *Memorias* el 25 de diciembre de 1868: «¡Cuando miro al porvenir! ¡Voy perdiendo lo poco que me quedaba de entusiasmo, de fe, de esperanza, de ilusiones! ¿Me pierde ese colegio? No lo sé. Lo que sí sé es que muchos ratos me consumo y que los años se pasan sin adelantar yo un paso».

En constante agonía, antes motivada por el inútil trabajo junto a la máquina de Barbastro, ahora por andar rodeado de alumnos indolentes constantemente castigados, anota de nuevo Costa el 28 de febrero de 1869 la necesidad de ser alguien según los ejemplos que lee en el libro que anda en sus manos por aquellas sazones:

Anteayer leía *Enfances célèbres* de Linneo, Franklin, Pascal, Gassendi, etc... ¡Ah! Yo me preocupo demasiado de la gloria sin pensarlo, sosteniendo interiormente una lucha desconocida con la fortuna. Ellos eran célebres sin saber que lo eran: es verdad que tenían la llama del genio... ¿pero quién sabe si pensaban ellos también en la gloria que les estaba reservada y la sentían interiormente?... ¡Ah! Si yo hubiera tenido un pequeño agarradero, un pequeño hilo que me marcara el principio del camino... Pero nada... ¡nada!

Concluye, para alivio de Costa, el curso en el Colegio de Santa Isabel, en junio de 1869, y decide Costa tomar el grado de Bachiller en Artes con los 23 años que habrá de cumplir en septiembre. Mientras pasa el verano en Graus señala el 11 de julio: «Yo sigo tan desesperado y tan en vacilación como siempre. No sé por dónde puedo emprenderlas». En el magín de Costa se ilumina entonces la idea de ser farmacéutico o maestro de pueblo:

¿Tendré aún que ponerme de aprendiz en una farmacia para seguir despacio esta carrera? ¿Tendré aún que hacerme *maestro de niños* y agarrarme a un pueblo para ser esclavo de los bárbaros? ¡Triste de mí! Anteayer lloraba yo sin poderlo remediar, cuando mi abuela me decía que siendo yo pequeño, mis tíos de Barbastro habían querido llevarme a su casa de aprendiz de guarnicionero, ¡y que mis padres no quisieron...!

Al mes siguiente decide al fin «tomar los pomposos grados de agrimensor y maestro. Tal vez no pueda ir a examinarme ni de maestro por falta de dineros para las matrículas». Los tomará tras superar los exámenes en Huesca los días 11 y 13 de septiembre de 1869: «Ya soy maestro. ¡Al fin!», escribe el 12 de septiembre, convencido de superar sin dificultad las pruebas del día siguiente; de seguido comenta en el texto de las *Memorias*: «No sé, aunque sospecho, lo que me tiene preparado el destino para mañana»; cuatro días después, de nuevo en Graus, remata su fatalismo: «Salí lego y vuelvo maestro, ¿qué cosa de las dos es peor? ¡Bachiller en Artes! ¡Maestro!».

Otra vez en Madrid, Costa llega al extremo de implorar al oscense Mariano Carderera alguna plaza de maestro en Fernando Póo o Filipinas... *cualquier cosa*; pero ni aun ésas. Ante el cúmulo de adversidades, piensa Costa en el suicidio o en refugiarse en un convento benedictino. Desesperado, cae en sus manos la reciente biografía del niño prodigio, muerto prematuramente, Jesús Rodríguez Cao. Tras su lectura, parece inevitable formularse la eterna cuestión acerca de la fama por venir y la desgracia presente. La entrada de las *Memorias* correspondiente al día 16 de enero de 1870 recoge estas valiosas reflexiones de Costa:

¡A su edad hubiera sido yo poeta como él, botánico como Linneo, o filósofo como Pico de la Mirandola!... Como yo, Cao confiaba al papel el secreto de sus aspiraciones, su amor a la gloria, su genio melancólico, su elevado patriotismo y sus grandes proyectos. Al menos él murió a tiempo, con la cabeza coronada de laurel, huyendo del mundo que le había impuesto el deber de trabajar noche y día dando vida a los bocetos que ha dejado en sus borradores, para llenar luego su camino, en recompensa, de espinas y veneno. Ha sido dichoso. Ah, ¡si yo también!... «¿*Qué será de mis papeles?*» exclamaba antes de agonizar el pobre niño, como yo hubiera exclamado; aunque ya, sin morir de muerte real, puedo decir: «¿*Qué será de mis proyectos!*» ¡Ah! hubiéramos trocado nuestro destino, y yo hubiera ganado en el cambio.

Él, predestinado a la fama, se encuentra hundido, en el nadir de la línea límpida y gloriosa trazada por la biografía de sus modelos *célèbres*; los orígenes humildes y la falta de un tutor o apoyo que le alentase y encauzase su talento tienen la culpa:

Hubiera tenido un padre Esteban, un tío Rinaldo o un amigo Rothman, y yo... ¿qué? Como agrónomo, mi celebridad se hubiese extendido por toda Europa con el *De re rustica nova*; como poeta, mi nombre hubiese pasado a la posteridad con *El Monte Sinai*; en Filosofía y Economía, hubiese tal vez formado una escuela con mi *Economía divina* y mi *Filosofía del día de maña-*

na; pero no hubo nada: la enseñanza de Parral fue mi condenación, y la vista superficial y carácter frío de Rubio hicieron traición a un genio que se va extinguiendo por momentos, antes de haber nacido, así como se consume el entusiasmo de la niñez. No he hallado en mi camino sino egoístas que se contentaban con disparar a quemarropa un *promete* o un *¡qué lástima de joven!* y pasar adelante... Yo, yo cuya infancia estaba destinada a figurar entre las célebres de madame Colet, ¡yo estoy condenado a la vida, a ser eterno testigo de la vergüenza que siento ante mi conciencia, viéndome oscuro en el año 1870!

En estos momentos de desgarro y crisis personal aguda, Costa ya no acierta a rasgar el velo del porvenir para vislumbrar un futuro *ser*, sino que simplemente recuenta lo que *no es*, lo que *no ha llegado a ser*: «Cada vez que leo un periódico o un libro sufro horriblemente. ¡No ser escritor! ¡No ser economista! ¡No ser filósofo! ¡No ser agrónomo! ¡No ser poeta!». Ese mismo día 18 de febrero de 1870 concluye esta relación de lo que *no es* con la minuta descorazonada de las potencialidades: «Yo que podría ser desde ahora periodista, traductor, profesor de lenguas, de instituto o de escuela Normal, estudiante, agricultor, industrial, empleado, etc., no soy nada de esto».

Ya en el pueblo madrileño de Chapinería, en casa de Teodoro Bergnes de las Casas, Joaquín Costa piensa definitivamente en los estudios superiores como modo natural de consecución de celebridad, pero siempre al peculiar modo personal, aspirando en sus anhelos fatal y *automáticamente* a metas altas, muy altas; así anota, sin pudor alguno, el 14 de junio de 1870:

Tengo en proyecto dos obras importantes, *El siglo XXI* y *Lo absoluto del progreso agrícola...* ¡Oh, si pudiera estudiar! ¡Si pudiera luego desarrollar el plan de esos dos títulos! ¡Si pudiera fundar con ellos la escuela económico-filosófica que me está bullendo en la cabeza hace tres meses, y que por cada día va tomando mayores proporciones y más claros perfiles! No lo dudo, no lo dudo, ejercería una gran influencia en nuestra península y, ¿quién sabe?, ¡tal vez en el continente! ¡Y si esa escuela me hiciese sentar en la Presidencia del Consejo de Ministros con la cartera de Fomento! ¡Oh!

En diciembre de 1870 comenta que al fin se ha matriculado en la Universidad Central, que estuvo «por primera vez en aquellas aulas que tanto anhelaba frecuentar, respiré aquel aire que me dio más vida». Como siempre, surgía automáticamente el programa del progreso: «Mi plan era concluir la carrera de Jurisprudencia en dos años y la de Filosofía y Letras en un tercero».

Pertinazmente insatisfecho, en la Universidad pudo Costa ver progresar sus anhelos, pero en ella habría de sufrir también nuevas frustraciones. Se licenciaría en Derecho en 1872 y en Filosofía y Letras al año siguiente; se doctoraría en ambas carreras (1874); habría de recibir premios y galardones, sí, pero nunca pudo ganar una oposición para catedrático de Universidad, ni de Historia de España ni de Derecho Político. Cuando hubo de lograr ser cuando menos profesor supernumerario, tuvo que renunciar al

puesto por dignidad ante los lodos de la llamada segunda cuestión universitaria. Algunos años antes de que esto último ocurriera, el 30 de diciembre de 1871, anotaba Costa: «Mañana se despide el año en que he cumplido veinticinco, ¡y nadie todavía conoce mi nombre!».

Concluidos los estudios de jurisprudencia, la profesión de abogado de secano tampoco le habría de seducir (escribe Costa en sus *Memorias* el día 21 de julio de 1872: «Que si me veo obligado a abandonar mis proyectos y a meterme en un pueblo, tendré bastante con dos años para morir tísico de tedio y desaliento»), a pesar de los requerimientos de sus padres, pero con el tiempo no tendría otro remedio que opositar a oficial letrado en el otoño de 1875, ya que al menos le aseguraba sucesivas instalaciones en capitales de provincia y prometía un no lejano regreso por traslado a Madrid. En este sentido, anotaba el 14 de mayo de 1875: «Habiendo visto que sacaban a oposición varias plazas de ‘Oficiales letrados de la Administración Económica’ con diez mil reales de sueldo, he resuelto tomar parte en ellas, como resuelve el náufrago agarrarse a una barra candente».

En 1876, al menos, podía ejercer de profesor en la recién creada Institución Libre de Enseñanza, y sentirse a gusto bajo la tutela y consejo de Francisco Giner de los Ríos, una vez emancipado definitivamente de Hilarión Rubio desde 1872 y casi totalmente de José Salamero desde el verano de 1875, con quienes ajustaría unas cuentas personales fiel y puntillosamente relatadas en las *Memorias*. Cobijado en el sueldo de oficial letrado de la administración de Hacienda y a la sombra científica del círculo institucionista, Costa pensaba progresar y *ser alguien* en el mundo académico bien en la Filología, en la Historia del Derecho, bien en la Historia Antigua... y a ello se encaminaron las numerosas publicaciones editadas entre 1875 y 1878, sea por poner como término *ad quem* el año en que finiquita la escritura de las *Memorias*.

Así pues, en 1876 Costa tenía más claro quién era y a qué aspiraba, con los títulos académicos y un trabajo en la mano. Y sin embargo Costa no abandonó su cita con la escritura compulsiva de las *Memorias*. Sucedió en verdad que faltaba algo esencial en el programa costista para *ser alguien*. Y ese algo era la esposa (e hijos) que concluyesen definitivamente la perfección del círculo que debía trazar su programa vital. De hecho, el noventa por ciento de la sustancia de las *Memorias* en 1877 y 1878 está dedicado a las tribulaciones del cortejo con Concepción Casas Soler, su pretendida. En 1877 quedaban lejos los proyectos amorosos de unión con la criada grausina Pilar Puerta o el insinuado (por parte de la familia) arreglo matrimonial con su prima, también gradense, Salvadora Castán. Aspiraba ahora Costa a una esposa *more krausista*, que uniese a las virtudes del ángel del hogar decimonónico las que se esperaba de una mujer instruida, *moderna*. Mientras Salvadora entraba en el Colegio oscense de Santa Rosa para continuar una *ortodoxa* educación, Conchita Casas se le aparecía a Costa como la más bella actualización del paradigma de mujer según el

ideario de los krausistas españoles. Este modelo lo encontraba Costa, como lo hallaron también tantos otros institucionistas de la época, en la mujer de Facundo Riaño, Emilia Gayangos. Escribe Costa, ya en Huesca, el 20 de julio de 1877: «Riaño me encargó noticias sobre fondas de Huesca, Jaca y Barbastro; ¡qué mujer tiene! ¡Feliz Riaño!». Al poco, el 13 de agosto, confiesa Costa que en las conversaciones con Concepción Casas él le habla de la mujer de Riaño, al mismo tiempo que se lamenta de lo que pudo *haber sido* para ofrecer mejor posición a su cortejada:

Principié una declaración, aunque en forma indirecta, y ella fue a sentarse al lado de su madre, y a poco se puso a bailar con otro; es verdad que hacía mucho rato que iba conmigo. La hablé de la señora de Riaño, de mi proyectada *Historia universal realizada para la mujer*, etc., y no quiso entenderme, etc., etc. No recuerdo lo que le dije, estuve torpe, pero he tenido que decir: ¡adiós generosos sueños! Sí, adiós, porque entre tantas mujeres que he encontrado, ninguna tenía el mérito de Concepción [...] Primer amor serio que he tenido, se me ha frustrado: ¡un eslabón más en la cadena de desdichas con que me tiene amarrado la fatalidad desde mi cuna! Mi primer amor; ¡ay! Cuando vuelvo la vista en torno mío, y me pregunto si podré olvidarla por otra, mi corazón me dice que no. ¡Ay Concepción! Yo te perdono, porque no es tuya la culpa sino de la fatal estrella que me persigue, de lo mal que se me han combinado los acontecimientos externos, de lo mal que he gobernado mis estudios. En vez de hacer oposiciones cuando concluí Derecho, me puse a estudiar doctorado y letras; hoy tendría una posición desahogada, al paso que es ahora humilde; y no tiene ningún atractivo para ninguna mujer de mérito. Cuando quise hacer oposición a tiempo oportuno, cuando podía salir bien, la política torpe y a veces criminal, de los revolucionarios, lo impidió. Cuando las hice, la revolución había pasado, y mis enemigos me hicieron caer. Liberal yo, carlista y ultramontano su padre y su tío el canónigo, un nuevo obstáculo nace presa mi felicidad; ¡Dios mío, por qué me habrás inspirado tanta fe en la libertad y tan poca en lo que he caído para siempre! Por último, mi familia es humilde, la suya no.

Aquí Costa enumera ciertamente las razones últimas (ideología, orígenes, posición social...) por las que fracasará su cortejo con Conchita Casas. Este cortejo y posible matrimonio no era un programa vital más en la vida de Costa, era tal vez *el programa* definitivo que habría de culminar su ser alguien. Ya en 1868, en las páginas autobiográficas paralelas a las *Memoorias* que Costa bautizó con el revelador título de *Nosce te ipsum*, nuestro hombre apuntaba (proyectaba, en verdad):

Mis hijos conseguirán lo que yo no pude conseguir: ellos serán lo que yo debiera haber sido [...] ¡Vea yo siquiera alguno de mis hijos que puedan asemejarse a Balmes o a Pascal! ¡Vea yo mi nombre glorificado en niños de doce años! Literatos y sabios ha habido cuyos hijos han seguido honrando el apellido de su familia: Racine (padre e hijo) [...] Del mismo modo, ¡que un día puede formar la familia Costa un grupo científico respetable! *Vida y escritos de los Costa* se llamaría el conjunto de sus trabajos que comprendería gran número de volúmenes.

A continuación relaciona Costa los nombres escogidos para sus hijos futuros: Joaquín, el poeta; Alonso Joaquín, el agricultor, botánico, carpintero o herrero; Miguel Ángel, el pintor; César, el historiador y militar; Justus, el físico, químico o médico... Cuando en enero de 1883 le nazca una niña fruto de sus relaciones con la viuda de Teodoro Bergnes de las Casas, Isabel Palacín, Costa, a pesar de no ser varón la criatura, no duda en seguir el programa de quince años ha y le impone el nombre simbólico de Antígone (aunque al final la Iglesia le forzase el de Pilar). Pero este natalicio y la relación con Isabel fueron convenientemente ocultados por Costa. El lector de estas páginas conocerá a estas alturas la razón, sabedor de los detalles del programa vital del montisonense, de la perenne necesidad de perfección y progreso dentro de los límites de una estricta moral laica. Rasgando una vez más el velo del porvenir, ya en 1868 y en el citado *Nosce te ipsum*, Joaquín Costa había asumido la naturaleza verdaderamente quimérica de aquel ensoñado *Vida y escritos de los Costa*:

¡Ilusiones! ¡Ilusiones! Aunque una esposa querida me diera un hijo en el año 1875, y que a los veinte años diera principio a sus estudios serios (al «Monte Sinaí» por ejemplo), que la aparición de estos fuera a los once años, llegaríamos al segundo lustro del siglo XX ¡y yo tendría sesenta años! ¡Y aún están allí mil dificultades, y la eventualidad de que sea precisamente un varón, que éste no me sea arrebatado de la cuna por el Ángel de la Muerte, que no tenga un talento vulgar, que sepa yo inspirar y hacer sentir a su alma la grandeza de la Creación, etc., etc.!, La eventualidad de que sepan llegar tantos niños al nivel de los poetas, de los historiadores, de los químicos, etc., ¡distinguido! ¡Cuántos pesares guarda la Naturaleza moral para un corazón de 1868!

Distinguido, en efecto, distinto se sentía Costa desde pequeño. No le faltaba razón, y en su programa de ser alguien hubo de buscar no sólo tutela, sino también reconocimiento. De lenitivo a su dolorida sensación de pertinaz orfandad hubo de servirle la escritura autobiográfica de las *Memorias*, a donde trasladaba la relación de méritos y el *reconocimiento* que hubiera deseado fueran escritos por mano ajena. No sucedió así, y al cabo el *Nosce te ipsum* y las propias *Memorias* no son, entre otras muchas cosas, sino ejercicios continuados de *reconocimiento*. La ausencia de éste hería íntimamente el orgullo de Costa y propiciaba el distanciamiento sucesivo de los que deberían haber sido mentores destacados del genio. Así pasaría con Hilarión Rubio, así con José Salamero e incluso con Modesto de Lara o el grupo de amistades y colegas del Instituto y después de la Universidad. Hasta en el modo de encajar las sucesivas derrotas en el largo cortejo con Conchita Casas se advierte que el herido Costa va más allá de la reacción orgullosa de un pretendiente despechado, va directamente al atormentado y castigado espacio de *humillaciones* y *abusos* donde se había gestado la escritura de las *Memorias* en 1864.

No ha de extrañar, por todo lo hasta aquí argumentado, que el fracaso del programa íntimo de un casamiento *krauso-armonioso* con Conchita

Casas Soler precipitase el fin de sus relatos autobiográficos el 11 de julio de 1878:

Carremos este cuaderno, que ya es hora, y pongámoslo con las cartas de esta triste historia. No creí que se prolongase por tanto tiempo. Que sea menos angustioso el punto final del cuaderno siguiente; pero, ¿es posible tratándose de mí? Llevo en mi nombre las iniciales de Jesús Cristo: ¿no llevo grabadas también en mi corazón con fuego sus llagas que no han de cerrarse jamás ni dejar de manar sangre? ¿O estará destinada a cerrarlas aquella criatura soñada en San Sebastián, Salvadora Castán? ¡Pst! ¡Concepción!, ¿no puedo despedirme de ti sin llorarte! ¡Adiós para siempre! ¡Adiós! (11 julio).

Este *Adiós* resulta valioso, revelador ¿Terminó en el entonces de julio de 1878 el designio de Costa por *ser alguien*? Sólo en parte, pues se conservan algunas notas sueltas de naturaleza autobiográfica en los años siguientes, y pequeñas anotaciones, aquí y allá, que se diseminan también en los venideros. Desaparece, eso sí, la *narración* orgánica y sostenida del *diario*, de las *memorias*. Parece como si Costa hubiera resuelto, a su manera (la alentada por la sensación contumaz de fracaso, de negación), la construcción de su *yo* en el espacio de la privacidad y del trabajo. Faltaba, por descontado, la acción y desarrollo de esa identidad en el ámbito de la *civilidad*, de la política. Desde al menos ese final de la década de los setenta del siglo XIX, Joaquín Costa proyectó paulatina, lentamente, sus anhelos por *ser alguien* al combate político, a la reforma o *regeneración* de todo aquello que precisamente él consideraba (casi siempre con bastante razón) que le había impedido serlo.

La redención de los orígenes familiares, de la comarca ribagorzana, de la región aragonesa y al fin de la patria toda y sus *males*, acometida por Costa con su *máscara* de notario (Costa decía cuando los tiempos del Santa Isabel que llevaba máscara de profesor, y de todos es sabido la relación, etimológica y antropológica, entre *máscara* y *persona*) constituirá el objetivo esencial de nuestro hombre. El Costa *público* se hace visible en la arena política en el momento en que arrancan las campañas de la Cámara Agrícola del Altoaragón allá por 1890 (conviene recordar a este respecto que Costa había denominado en las *Memorias* a la decisión de acometer los doctorados en Derecho y Letras sus *últimas campañas universitarias*). De ahí a la Unión Nacional, a la celebridad política, al retiro en Graus y a la mitificación del personaje mediaron escasos pero asombrosos pasos...

A su modo, tarde y fatalmente, a la manera agónica y trágica, había conseguido Joaquín Costa *ser alguien* y esculpir su figura, con justicia, en el friso de personajes famosos de la Historia de su por igual querido y odiado siglo. Algunas de las profecías infantiles y juveniles *le salieron verdaderas*. Tal vez no sea la menor aquella por la que Joaquín Costa permanece todavía en la memoria colectiva española como el capítulo insoslayable de una ejemplar edición nacional de *Enfances célèbres*.